

## ANDRES CEGARRA SALCEDO, ENTRE EL DOLOR Y LA LITERATURA

"No escuchamos tu voz; pero sentimos que estás muy cerca de nosotros. Tanto, que nos llega al rostro el leve aire que desplaza tu invisible figura. Otras veces, en cambio, te sabemos tan lejos, que miramos con ansia los remotos luceros creyendo adivinar en ellos un reflejo de tu nuevo y distante paradero.

Si supieramos que habíamos de encontrarte recorreríamos el mundo, pero el corazón vacila inquietante sin orientarse.

¿En dónde nos esperas?"

(MARIA CEGARRA SALCEDO. "Cristales Míos").

**A**NTES de disponernos a examinar su prosa convendrá hacer una breve semblanza de nuestro escritor.

Andrés Cegarra Salcedo nació en La Unión en 1894. Estudió el Bachillerato y el Magisterio, motivo por el que hubo de efectuar algunos viajes a Murcia, que más tarde recordará en alguno de sus artículos, como el titulado "Evocación del tiempo de estudiante".

*"Me acuerdo de aquella impresión rumorosa y fresca de los árboles enormes que nos salían al paso en las estaciones de la huerta y luego en los jardines y en las carreteras de la ciudad. Nosotros, los muchachos de aquel colegio veníamos desde una tierra tan seca, tan estéril, a este oasis que se bebe al río... ¿Y la*



*fiesta del agua corriente, dando en los azudes su salto espumoso y musical? Ibamos a Murcia a examinarnos y a ver pasar el agua bajo el doble arco patinado del viejo puente. Y aquella visión fresca y rumorosa de los árboles y del río nos acompañaba ya todo el año, —fino dardo de nostalgia— en el páramo estéril, seco y gris...”*

He aquí plasmada su aguda sensibilidad que a pesar del tiempo transcurrido le impide olvidar los detalles de su viaje, contraponiendo el paisaje de Murcia y su huerta al de secano de su tierra.

A los 21 años la anquilosis que venía padeciendo tiempo atrás se acentúa, hasta el punto de que el joven escritor no podía leer ni escribir, necesitando para ello la colaboración de sus familiares.

En 1918 escribió “Olvidar”, comedia en dos actos; y en este mismo año fundó y dirigió la Editorial Levante que llegó a publicar 25 volúmenes, el primero de los cuales fue “Sombras”, colección de cuentos breves, del propio Cegarra. De esta editorial fue corresponsal en Murcia uno de sus más entrañables amigos: el poeta y periodista Raimundo de los Reyes.

Su profundo afecto por La Unión le llevó a interesarse por los problemas que acuciaban a esta población, y así en 1920 publica en esa misma editorial “La Unión, ciudad minera”, trabajo subtítulo “(Causas productoras de la crisis de su industria y medios que pudieran adoptarse para solucionarla)”.

De 1924 es su tercer libro “Gaviota y otros ensayos”; de los padecimientos que sufrió durante su realización dan idea las palabras finales de su prólogo: “Este libro ha sido escrito amargamente en larga, larga, larga colaboración con el Dolor”.

Escribió asiduamente en periódicos regionales y nacionales y en las revistas literarias murcianas relacionadas con la generación del 27, como *Verso y Prosa*.

Murió en 1928, a punto de quedarse ciego, “cuando aún sus pupilas veían en una turbia claridad que se iba extinguiendo lentamente”, como nos cuenta su hermana María. Pero no por todos los sufrimientos que padeció fue Andrés Cegarra un hombre amargado, recogido en sí mismo, cerrado para los demás. Antes por el contrario, como ha afirmado Carmen Conde, “todos los que nos acercamos a él quedamos prendidos a su optimismo, a su clara y graciosa amistad”.



En el prólogo de "Gaviota y otros ensayos" critica Cegarra minuciosamente determinados aspectos de su prosa, atribuyéndose, con excesiva modestia, algunas limitaciones que no poseyó en realidad, o por lo menos no en el grado en que él las sitúa. Allí nos habla de su gusto por las enumeraciones descriptivas, sobre cuya génesis escribe:

*"Bien escogida materia adecuada, todo el artificio se reduce a tejer guirnaldas de adjetivos en torno a los nombres de la enumeración".*

Pero esto que él consideraba un "recurso fácil" es precisamente lo que confiere mayor validez y belleza a su prosa, como señalaremos más adelante. Veamos un ejemplo de una de estas enumeraciones, en este caso de frutas:

*"Grandes racimos de amarillos dátiles colgaban del techo, entre los de recia uva del Sur de pellejo crujiente y ambarino y los manojos de olorosos plátanos graciosamente curvos. En el suelo agrupábanse en desorden innumerables canastas con los frutos más exquisitos y diversos: exiguas y dulcísimas ciruelas moradas o verdosas o de color de oro; peras enormes de fundente pulpa; pálidas manzanitas agridulces, con toques de carmín como hechos con pinceles de artificio; gualdos membrillos de áspera acidez; menudas azufaiñas... En un lado, junto a una chirimoya, las esferas fibrosas de unos cocos en cubanos huacales; en el otro, frutas secas: almendras levantinas, castañas aún metidas en su erizo... Y en el umbral mismo saliéndose a la calle, un canasto gigantesco de naranjas de cáscara empalidecida por la plena madurez, maravillosos globos de concentradas mieles y de aromas fragantes, áureos esperidios cuya visión inefable había hipnotizado al pequeño Tónico, quien escondido a dos pasos de ellos, aguardaba impaciente la propicia ocasión de atrapar uno".*

El párrafo resulta suficientemente significativo por cuanto que contiene varias de las características que se hallan en la prosa de su autor; prosa eminentemente plástica, luminosa, sensorial, plena de adjetivación. Rasgos estos que nos conducen a la conclusión de hallarnos ante un escritor



genuinamente levantino, relacionable en algunos aspectos con Azorín y Miró. En este sentido obsérvese el ansia de perfección idiomática que hay en Cegarra, su incesante afán por seleccionar las palabras, por encontrar la que mejor va en cada momento determinado al texto. Su gran riqueza léxica explica la doble e incluso con frecuencia triple adjetivación, rasgo muy característico de la prosa de aquellos escritores, que tan acertadamente ha estudiado el profesor Baquero Goyanes. Esta adjetivación otorga a las páginas de Cegarra un sentido rítmico, una dulce sonoridad, que las eleva hacia valores poéticos firmes, a la vez que constituye uno de los ecos modernistas que se advierten en sus escritos. (Adviértase la eufonía en el párrafo señalado de los nombres de determinadas frutas como "azu-faixas"; "chirimoyas"; "cocos en cubanos huacales", etc.) Incluso él mismo confesó el placer que esto le suponía:

*"Hay un goce indudable en el uso del lenguaje por el lenguaje, una voluptuosidad que tiene bastante de musical. Engarzar palabras que suenan bien, sin otra preocupación; he ahí todo".*

Palabras en las que coincide plenamente con Miró:

*"¿Es la delicia de la palabra por ella misma? Pero es que la palabra sería deliciosa si no significase una calidad..."*

Otras veces, —las menos—, la adjetivación presenta un matiz romántico:

*"Y en el breve camino halló los ópalos muertos de Maria Dolores, los ópalos bellísimos e inexpresivos retratando serenamente la tristeza infinita del cielo crepuscular".*

En uno de los breves cuentos de "Sombras", el titulado "En la noche africana", Martín, el protagonista, que cumple el servicio militar en África, desde la avanzada del campamento donde se halla de guardia, recuerda nostálgico su pueblo de Levante, ofreciéndonos Cegarra la siguiente descripción en la evocación del muchacho:

*"Y cerré los ojos para ver mejor la blanca casa oculta entre los álamos rumorosos, de pájaros, el pedregoso cauce del torrente que cruzaba el valle, la humilde torre parroquial, con aquellas*



*campanas tan maravillosamente acordadas. Una, grave, meditativa, reposada voz de recio varón; otra argentina, cascabelera, juguetona, risueña, como carcajada de una mujer joven y guapa; la alegre campana que volteaba locamente en los señalados días solemnes, cuando no era preciso doblar a muerto y se estaba muda la gran campana grave”.*

¿No os recuerda acaso ésta a esa otra descripción de los pueblos levantinos de tantas páginas azorinianas donde no faltan la iglesia y las campanas?

*“La campana de la iglesia Nueva tañe pesada; la del Niño tintinea afanosa; la del Hospital llama tranquila. Y a lo lejos, riente, locuela, juguetona, la de las monjas canta en menuditos golpes cristalinos...”*

Realmente la semejanza de los adjetivos empleados es notoria: (reposita/pesada; risueña/riente; juguetona; cascabelera/locuela).

El tema de la guerra de Africa que hasta 1927 sangró a España es tratado también por Cegarra en algún otro relato, como el titulado “La oración del soldado herido”, incluido en “Gaviota y otros ensayos”.

Pero la prosa de Cegarra es sobre todo fundamentalmente descriptiva, de una gran fuerza expresiva. De ahí su gusto por el paisaje para cuya pintura demostró una gran sensibilidad y perfección. Lirismo y belleza se conjugan en este quehacer, especialmente a la hora de reflejar un crepúsculo, motivo por el que sintió una gran predilección, llegando a dedicar toda una composición a este fin: “Mirando a lo alto”. Véanse las numerosas pinceladas impresionistas, la sucesión de colores y matices que se nos ofrecen:

*“Y ahora, en lo alto, comienza la orgía del rojo con todos sus matices y sus aspectos, desde los graves morados y la púrpura antigua, hasta el carmín y los corales, y el suave y tibio rosa femenino y carnal; bordados de rubí sobre amaranto con cenefas flamígeras; ígneos cráteres hondos y profusos; surtidores de lava de grosella, de granate y de minio; fulvos lagos de fuego donde hierve la luz; largas fajas de anaranjada transparencia,*



*con flecos irisados y finísimos; manchas oscuras, de un gris candente de hierro en la forja, manchas de nubes que dibujan siluetas extrañas y movedizas de compleja estructura; animales absurdos, pétalos irreales de una flora de ensueño, fantasmas imposibles; todo este raro mundo danzando etéreamente sobre un lejano término de color malaquita. Y a esta agitada fantasmagoría de las tintas violentas sucede con tránsito impreciso, la inacabable gama de los matices tenues, apagados, anémicos, en tanto que la noche va saliendo por encima de los pétreos picachos, y con los densos ropones que le envuelven limpia de sangre el cielo para borrar las huellas de su crimen. No queda en la gran bóveda sino un inmenso manto de frío violeta acuoso, cual mojada cenizas. Y en él se encienden misteriosamente las lucecitas trémulas de los remotos mundos”.*

En alguna ocasión un mismo paisaje es contemplado por el autor desde dos puntos de vista diametralmente opuestos, funcionando como un espejo de dos caras, en la que una de ellas refleja una visión armónica, ideal, de la naturaleza contemplada, correspondiéndose con un estado interior saturado de honda felicidad, mientras que la otra cara es una imagen desalentadora de aquellas mismas cosas, correspondiéndose a su vez con un estado interior rebosante de pena. Tal ocurre en el artículo “Girones de prosa”, en donde mientras en el día alegre para el autor

*“esa bella palmera está bailando con la brisa un elegante y pausado minué”*

en, el día triste

*“esa palmera que el desapacible viento sacude epilépticamente, es una escoba vieja y sucia puesta del revés”.*

Esta última figura de la escoba nos lleva a señalar otra característica de su prosa: las greguerías escondidas, disimuladas, que se perciben en su obra; greguerías que poseen siempre un fuerte acento lírico:

*“Nevar es llover luna”.*

*“Es la luna, —rota— esa harina de mármol que disfraza de payaso a la tierra”.*

*“El temblor de las hojas de los álamos es un afán de vuelo”*



Poeta de la naturaleza, de esa naturaleza agreste y bella de su tierra de la que no pudo gozar plenamente, Cegarra intercala en sus paisajes un dolor íntimo por medio del cual se yergue hasta el dolor de los demás. Ese Dolor que preside, que es elemento central de gran número de sus páginas.

*"Qué inútil, qué ridículo, este pobre empeño de transmutar en literatura mi Dolor".*

Bien patente resulta su profunda resignación en la caricia sentimental que imprime a los personajes de sus cuentos, criaturas que necesitan del heroísmo muchas veces para vencer su propia tragedia e incluso la de los demás, tal y como puede leerse en el milagro de "Taumaturgia":

*"Y entonces fue cuando el hombre tullido saltó del carro, por voluntad de Dios, el hombre que no había pedido para sí y que hundido en la sima de su angustia supo olvidarse de ella por el dolor ajeno, y la recibió en los brazos sanos y fuertes, firme sobre las piernas musculosas, vencida en un segundo la vieja invalidez".*

Venciendo su propia inmovilidad física también nuestro autor se levanta a sí mismo en este personaje, como igualmente supo compartir sus sufrimientos con otras de sus criaturas literarias. Desde el encierro de su habitación de La Unión, esta rebotante humanidad que fue Andrés Cegarra Salcedo jamás renunció a la expresión de sus más sinceros sentimientos:

*"No me importa la irónica sonrisa de quienes se llaman a sí mismos espíritus superiores o fuertes y miran con desdén todas las cosas afectivas. Yo no me avergüenzo de tener corazón"*

Corazón bañado en sacrificio y literatura que la muerte detuvo para siempre cuando de él podían esperarse sus mejores latidos.

